

Manuel de la Sierra. (2024). *Obras literarias*. 224 pp. ISBN: 978-607-59-0443-6. Ciudad de México: El Colegio de San Luis/Bonilla Artigas Editores.

Entre las letras reconocidas de la literatura mexicana del siglo XIX, es común oír de autores como Fernández de Lizardi, José Tomás Cuéllar, Ángel de Campo, Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio o Manuel Gutiérrez Nájera —por nombrar algunos—, en cuya narrativa, sin dejar de lado sus particularidades, podemos encontrar un elemento conductor que los caracteriza: la función de lo literario en torno a la construcción de nación o la moral.

Ahora bien, hay autores que, de alguna forma u otra, se apartan de ese elemento. Tal es el caso de Manuel de la Sierra (1850-1924), a quien el investigador y catedrático Fernando Morales Orozco rescata en la edición crítica *Manuel de la Sierra, Obras literarias* (2024), editada por Bonilla Artigas y El Colegio de San Luis, en la cual reúne su producción narrativa y poética. Es un autor, en palabras de Morales, desconocido y hasta ahora inédito dentro de la tradición literaria mexicana.

Esta edición se encuentra estructurada en dos grandes apartados. El primero corresponde a la producción literaria de De la Sierra, la cual, a su vez, se subdivide en la narrativa del autor, que consta de dos cuentos publicados en una sola entrega —“El perro de la calavera”, publicado en 1883, en el semanario *La Época Ilustrada. Semanario de Literatura, Humorístico y con Caricaturas*, y “Mi primer reloj”, publicado en 1883, en el mismo semanario— y tres no-



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 2.5 México.

velas –“Vivo o muerto”, publicada, en dos entregas, en 1883, en *La Época Ilustrada. Semanario de Literatura, Humorístico y con Caricaturas*, “El brazalete de brillantes”, publicada, en dos entregas, en 1883, también en *La Época Ilustrada. Semanario de Literatura, Humorístico y con Caricaturas*, y “Los tres alfileres”, publicada, en siete entregas, en 1885, en el semanario *La Familia*. Por otro lado, se encuentra su producción en verso, que consta de diez poemas, publicados, inicialmente, en 1875, en *El Eco de Ambos Mundos* –como es el caso de “A ella”– y luego entre 1883 y 1885, tanto en *La Época Ilustrada. Semanario de Literatura, Humorístico y con Caricaturas* como en *La Familia*. Hay que señalar que, como indica Morales, “en el caso de todas las obras aquí consignadas, nos encontramos ante *editiones unicae in ephemeride*, excepto por el primer poema [“Ayer y hoy”] publicado en el número 1 de *La Época Ilustrada*” (2024, p. 164).

Sobre la narrativa de De la Sierra bien podríamos decir, en una primera lectura, que se caracteriza formalmente, como es de esperarse, por la brevedad propia de la novela de folletín. Sin embargo, en lo correspondiente a las temáticas ya desde los títulos se evidencia cierta inclinación por lo mortuario, lo macabro e incluso por la necrofilia. Y es así como bien lo identifica Morales, al evidenciar que estas temáticas se materializan principalmente a través de dos formas: la construcción de los personajes y la configuración del entorno. En lo concerniente al entorno, Morales afirma que el *locus* narrativo-descriptivo de Manuel de la Sierra marca una distancia respecto a la realidad “de la urbe en proceso de modernización” (2024, p. 185), esto es, la Ciudad de México de finales del XIX, al introducir elementos ajenos a ella. Pero lo más importante son las composiciones de los entornos que apuntan a una configuración de visión gótica, en tanto que los personajes son situados en “pasillos lóbregos, sótanos oscuros, calles solitarias y campanadas escalofriantes” (Morales, 2024, p. 187), que reemplazan el castillo y lo adaptan a las condiciones de la ciudad, como se presenta en “Los tres alfileres”. Y es que esta visión es la que, además de configurar un *locus* que aparece en menor medida en las letras decimonónicas mexicanas, posibilita la psicología de los personajes que se despliegan en él, como es el caso de Clara en “El brazalete de brillantes”, quien al atravesar un oscuro pasillo poco a poco es invadida por

el misterio, para finalmente verse atrapada por un sentimiento de terror al descubrir en una pequeña pieza subterránea a su marido sosteniendo y besando la mano de un cadáver, una escena que Morales identifica como de temática necrofilica, que es tratada “por primera vez [...] en las letras mexicanas” (2024, p. 204).

En cuanto a los personajes, Morales destaca a los femeninos, ya que ellas se configuran como heroínas al “tomar las riendas de su voluntad y de su vida” (2024, p. 206), como es el caso de María en “Los tres alfileres”, Clara en “El brazalete de brillantes” y Luisa en “Vivo o muerto”. Pero lo más importante es que toman la voz para narrarse a sí mismas, lo cual ya marca una clara distancia respecto a las narrativas mexicanas de la época, a la vez que “reformula la novela gótica, pues está dándole voz y voluntad a un personaje que tradicionalmente se identifica dentro de los cánones como una *femme fragile*” (2024, p. 207). Claro, estos aspectos se configuran a través de su contraparte masculina, representados con las características del villano gótico, en lo concerniente al dualismo y lo diabólico, en el caso de Luis en “El brazalete de brillantes”, o con el héroe melancólico y sensible, en el caso de Roberto, en “Los tres alfileres”, en los cuales Morales evidencia un Manuel de la Sierra que desliza su escritura entre “el Romanticismo de tono gótico y el modernismo de tendencia decadente” (2024, p. 188). Hay que hacer una aclaración en este punto: si bien los personajes femeninos se configuran a través de su contraparte, esto no quiere decir que se encuentren supeditadas al actuar de ellos; al contrario, los personajes hombres “funcionan como meros pretextos para delegar el vasto cuerpo narrativo a las voces femeninas” (Morales, 2024, p. 211).

Sobre la producción poética de De la Sierra, hay que señalar que, en comparación con el exhaustivo análisis que Morales realiza sobre su narrativa, el tratamiento de su poesía queda menos desarrollado en términos de análisis formal y retórico. De modo que centra su atención en identificar aquellos rasgos que lo acercan a una tendencia romántica, a formas tradicionales como el romance, la quintilla, el cuarteto, el soneto, cuartetos endecasílabos e incluso a formas como el serventesio, que lo acercan al corte modernista.

El segundo apartado que compone esta edición es el correspondiente al aparato crítico, situado justo después de la producción li-

teraria de Manuel de la Sierra para darle todo énfasis a ella. Esto no quiere decir que carezca de importancia; por el contrario, en mi lectura siento que este aparato, lejos de ser un simple estudio, deviene en un complejo y completo método para la realización de ediciones críticas de textos con un solo testimonio, en tanto que proporciona vías para sortear diversos problemas en torno a la materialidad –bordes maltratados, letras ilegibles o hasta fojas faltantes– o el acceso a ella –originales o hemerográficos–, a los cuales se puede enfrentar un editor crítico de textos del siglo xix.

Por sólo mencionar algunos de los casos representativos donde se puede evidenciar parte del método desplegado por Morales, se encuentra el de la novela “Vivo o muerto”, donde el testimonio cotejado presentaba mutilaciones que afectan sustancialmente la lectura de una frase: este *impasse* es solventado mediante la *divinatio* por contexto, al observar los rasgos de las letras que quedan de la mutilación y ponerlas en relación con el contenido que les precede y les sigue. O el del poema “Ayer y hoy”, que en la *La Época Ilustrada. Semanario de Literatura, Humorístico y con Caricaturas* aparece sin nombre e “inserto en la página para completar la columna” (Morales, 2024, p. 166), lo cual infiere al poner en práctica la *divinatio* por contexto, al relacionar la tipografía del poema con el resto de los textos presentes en la página donde aparece. En esta parte hay que destacar, además, que la *divinatio* se tornó efectiva en la medida que Morales conoce las características tanto de los semanarios con los cuales se trabaja como otros de la época, lo que finalmente le ayuda a confirmar su hipótesis de sentido, al ponerla en función de la materialidad de los mismos.

Es así que Fernando Morales Orozco, a través de un complejo ejercicio ecdótico, rescata y presenta la edición crítica de Manuel de la Sierra, un “traductor, poeta y narrador” (Morales, 2024, p. 176), hasta el día de hoy desconocido en las letras mexicanas decimonónicas. ➤

Gustavo Segovia Carrascal
El Colegio de San Luis, México

ORCID: 0009-0007-2953-0346
gsegoviac@hotmail.com